

CAPÍTULO XIV

VIDA DESPUES DE LA MUERTE: PECULIARIDADES

Al considerar las condiciones de la vida astral del hombre, se han de tener en cuenta dos factores principales. Uno es el período de tiempo que tendrá que pasar en un subplano determinado; el otro la "cantidad" de conciencia mientras esté allí.

El período de tiempo depende de la cantidad de materia del subplano correspondiente, contenida en el cuerpo astral durante la vida física. Tendrá que permanecer forzosamente en tal subplano hasta que la materia del mismo se haya desprendido del cuerpo astral.

Durante la vida física, como ya hemos visto, la calidad del cuerpo astral, que el hombre se forma, la determinan directamente sus pasiones, emociones y deseos, e indirectamente sus pensamientos, y también sus hábitos físicos, alimentos, bebidas, limpieza, continencia, etc. Un cuerpo astral grosero y burdo, resultante de una vida de la misma calidad, hará que el hombre responda únicamente a las vibraciones más bajas; de manera que, después de la muerte, quedará sujeto al plano astral durante el prolongado y lento proceso de desintegración del cuerpo de esa materia.

En cambio, un cuerpo astral insensible a las bajas y burdas vibraciones del mundo astral, responderá únicamente a las influencias superiores; en consecuencia, tendrá menos dificultades en su vida post-mortem y su evolución avanzará rápida y fácilmente. La "cantidad" de conciencia dependerá del grado a que haya vivificado y utilizado la materia del subplano correspondiente, durante su vida física.

Si durante la vida terrena ha predominado libremente la naturaleza animal, y se ha descuidado el aspecto intelectual, y sofocado el espiritual, el cuerpo astral o de deseos persistirá por largo tiempo después de la muerte física.

Si por el contrario, se ha dominado y subyugado la naturaleza de deseos durante la vida terrena y se la ha purificado y acostumbrado a someterse a la naturaleza superior, el cuerpo astral contará con poca energía y se desintegrará y desvanecerá muy pronto.

El hombre medio, sin embargo, no está en manera alguna exento de bajos deseos antes de la muerte; de consiguiente, pasa un largo período, más o menos consciente, en los varios subplanos del plano astral, al objeto de que se agoten las fuerzas generadas, y el Ego quede libre.

El principio general es que, una vez el cuerpo astral ha agotado su atracción hacia un subplano, la mayor parte de la materia más grosera se desprende, y entra en afinidad con un estado de superior existencia. Decrece, por decirlo así, constantemente su gravedad específica, de manera que se eleva más y más de las capas densas a las más sutiles, deteniéndose únicamente cuando se establece equilibrio perfecto.

Encontrarse en un subplano dado del mundo astral, quiere decir que se ha desarrollado la sensibilidad de las partículas del cuerpo astral pertenecientes a tal subplano. Poseer perfecta visión en el plano astral, significa que se ha desarrollado la sensibilidad de todas las partículas del cuerpo astral, al punto de que son visibles simultáneamente todos los subplanos.

Una persona cuya vida haya sido buena y pura, cuyos más intensos sentimientos y aspiraciones hayan sido altruistas y espirituales, no sentirá atracción alguna hacia el plano astral; si se lo dejara solo, encontraría muy poco que lo retuviera en el mismo o que lo indujera a la actividad durante la relativamente corta estadía allí. Habiendo subyugado sus pasiones terrenas durante la vida física, y dirigido su fuerza de voluntad por cauces más elevados, queda poca energía de bajos deseos para gastar en el plano astral. De consiguiente, su estadía en el mismo será muy corta; probablemente

experimentará sólo una semi-conciencia soñolienta, hasta que se duerme mientras sus principios superiores se libran finalmente del cuerpo astral y entran en la bienaventuranza del mundo celestial, o plano mental.

Expresándolo más técnicamente, diremos que durante la vida física, Manas ha purificado a Kama, con el cual está entretelado; de manera que, después de la muerte, todo lo que queda de Kama es un mero residuo, el cual se desprende fácilmente al retirarse el Ego. Tal persona, de consiguiente, tendrá muy poca conciencia en el plano astral.

Es muy posible, por otra parte, que la persona tenga, procedente de encarnaciones anteriores, una buena porción de materia astral grosera en su cuerpo astral. Aun cuando haya sido educado y se haya comportado en su vida de manera que no haya vivificado esa materia grosera, y aunque gran parte de ella se haya desprendido y reemplazado por materiales más finos, es posible que todavía haya una cantidad apreciable. En consecuencia, el hombre tendrá que permanecer en un nivel bajo del plano astral durante algún tiempo, hasta que toda esa materia se haya desprendido; pero como ésta no ha sido vivificada, tendrá poca conciencia de ello y quedará prácticamente dormido durante todo el período de su estadía allí.

Entre cada dos estados de materia hay un punto que se conoce como punto crítico. Así como el hielo se puede calentar a un punto en que el menor aumento de calor lo convertirá en líquido, el agua se puede calentar a un grado en que el menor aumento de calor la convierta en vapor. De la misma manera cada estado de materia astral puede alcanzar un grado de finura en que cualquier refinamiento adicional la lleve al estado inmediatamente superior. Si el hombre ha hecho este refinamiento con cada estado de materia de su cuerpo astral, de manera que esté purificado al máximo grado posible de delicadeza, el primer choque de fuerza desintegradora rompe la cohesión y vuelve la materia a su estado original, dejándolo libre en seguida, y pasa al siguiente subplano. El pasaje de una persona así por el plano astral será sumamente rápido, casi instantáneo, para entrar en el estado superior del mundo celestial o mental.

Después de la muerte, todos los seres humanos han de pasar por todos los subplanos del astral para llegar al mundo mental. El que el hombre sea consciente o no de alguno de esos subplanos o de todos, y en qué medida, dependerá de los factores mencionados. Por tanto, variará, dentro de muy amplios límites, el grado de conciencia que posea la persona en el plano astral, en su camino hacia el plano mental. Algunos se detienen sólo unas horas o días en dicho plano: en cambio, otros permanecen muchos años y hasta siglos. Para el hombre medio, 20 ó 30 años en el plano astral, después de la muerte física, es un promedio regular. Un caso excepcional es el de la reina Isabel de Inglaterra, quien sintió un amor tan intenso por su país, que ha pasado hace muy poco al mundo celestial; desde que murió ha tratado, casi sin conseguirlo, de transmitir a sus sucesores sus ideas sobre lo que deberían hacer por Inglaterra.

Otro caso notable es el de la reina Victoria, la cual pasó muy rápidamente por el plano astral, entrando en el mundo celestial. Este rápido pasaje se debió indudablemente a los millones de formas de pensamiento de amor y de gratitud que se le enviaron, lo mismo que a su bondad innata.

La cuestión del intervalo entre vidas terrenas es, en general, complicada. Sólo podemos tratar aquí muy brevemente del período correspondiente al plano astral. Más detalles los encontrará el estudiante en "LA VIDA INTERNA", Tomo II, por C. W. Leadbeater.

Se han de tener en cuenta, al considerar los intervalos entre dos vidas, los siguientes factores:

1. - La clase de Ego.
2. - El modo como fue individualizado.

3. - La duración y carácter de la última vida terrena.

La Tabla siguiente da la duración media de la vida astral, determinada por la clase de Ego.

HOMBRES LUNARES: PRIMER ORDEN

Individualizados en la Cadena Lunar, Ronda Nro.	Tipo actual	Duración media de la Vida Astral
5	Egos avanzados (muchos de ellos están tomando encarnaciones continuas, de manera que no existe la cuestión de intervalos). Hombres que se distinguen en el Arte, la Ciencia o en Religión	5 años; un Ego puede hasta pasar rápida e inconscientemente. Tendencia general a vida astral más prolongada, especialmente en el caso de artistas y de hombres religiosos.
6	Hacendados y profesionales	20 a 23 años
7	Clase media alta	25 años
Clase de Ego	Tipo actual	Duración media de la Vida Astral
Hombres lunares Segundo Orden	Burgueses	40 años
Hombres animales-lunares	Obreros hábiles	40 años, en el subplano medio.
Animales lunares Primera Clase	Obreros manuales	40 a 50 años en los subplanos inferiores.
Animales lunares Segunda Clase	Borrachos y vagos	40 a 50 años, usualmente en el sexto subplano.
Animales lunares Tercera Clase	Lo más bajo de la humanidad.	5 años en el séptimo subplano.

El método de individualización produce una cierta diferencia, pero ésta es mucho menos pronunciada en las clases más bajas. Los individualizados por el intelecto tienden a tomar un intervalo entre vidas más largo que los que se individualizan de otra manera. Hablando en general, la persona que muere joven tendrá un intervalo más corto que la que muere de edad avanzada; pero es probable que tenga una vida astral más prolongada, debido a que las emociones más fuertes, que se agotan en la vida astral. Son generadas en los primeros años de la vida física.

Se ha de tener presente que en el mundo astral, nuestra manera de medir el tiempo apenas tiene aplicación; aún en la vida física unas pocas horas de ansiedad o de dolor se hacen interminables; esta característica aumenta cien veces en el plano astral. El hombre

en el plano astral puede medir el tiempo por sus sensaciones únicamente. De la deformación de este hecho proviene la falsa idea de la condenación eterna.

Hemos visto, que tanto el tiempo de permanencia, como el grado de conciencia en cada uno de los subplanos depende, en buena parte de la clase de vida que el hombre ha llevado en el mundo físico. Otro factor de gran importancia es la actitud mental de la persona después de la muerte física.

La vida astral puede ser dirigida por la voluntad, lo mismo que lo puede ser la vida física. Un hombre con poca fuerza de voluntad es, en el mundo astral lo mismo que en el físico, la criatura del medio ambiente que él mismo ha creado. En cambio, un hombre decidido puede siempre sacar el mejor partido de las condiciones y vivir su vida a pesar de ellas.

De consiguiente, el hombre no se desprende de sus malas tendencias en el plano astral, a no ser que trabaje decididamente para ello. Si no hace los esfuerzos requeridos, necesariamente tendrá que sufrir a causa de su incapacidad para satisfacer sus ansias, por cuanto sólo podría hacerlo poseyendo un cuerpo físico. En el curso del tiempo, tales deseos se agotarán y se desvanecerán, simplemente debido a la imposibilidad de satisfacerlos.

No obstante, el proceso se acelera, en gran manera, en cuanto el hombre se da cuenta de la necesidad de deshacerse de los malos deseos que lo detienen, y decide hacer el esfuerzo requerido. El hombre ignorante de su verdadera situación, ordinariamente rumia y cavila sobre sus deseos, prolongando así la duración de los mismos, y se aferra desesperadamente, todo el tiempo que puede, a las partículas groseras del plano astral porque las sensaciones vinculadas a ellas parecen acercarlo a la vida física que él ansía todavía. Naturalmente, lo que debiera hacer es matar el deseo terreno y recogerse en sí mismo lo más pronto posible. Aún el mero conocimiento intelectual de las condiciones de la vida astral y de las enseñanzas teosóficas, en general, es de inestimable valor para el hombre después de la muerte física.

Es de mayor importancia que, después de la muerte física, el hombre comprenda claramente que se está retirando constantemente hacia el Ego y, en consecuencia, ha de esforzarse en retirar su pensamiento de las cosas físicas y fijar su atención en cosas espirituales, que lo ocuparán, una vez pase del plano astral al mental, o mundo celestial. Si adopta esta actitud, facilitará en gran manera la desintegración del cuerpo astral, en vez de demorar innecesaria e inútilmente en los subplanos más bajos del plano astral. Muchas personas, desgraciadamente, se niegan a dirigir sus pensamientos hacia arriba y se aferran a cosas terrenas con desesperada tenacidad. Sin embargo, en el transcurso del tiempo, por normal evolución pierden gradualmente el contacto con los mundos inferiores; pero resistiendo a cada paso, se causan un sufrimiento, que podrían evitar, y retrasan considerablemente su progreso. En esta ignorante oposición al curso natural de las cosas, la posesión de un cadáver físico sirve al hombre como punto de apoyo en el plano físico. El mejor remedio contra esto es la cremación del cadáver, lo cual destruye el vínculo con el plano físico.

Unos cuantos ejemplos de la vida astral después de la muerte ilustrarán la naturaleza y desenvolvimiento de tal vida.

Un hombre corriente, sin colorido, ni especialmente bueno ni especialmente malo, no cambia en manera alguna al morir, se mantiene sin colorido. En consecuencia, no experimentará ni sufrimientos ni gozos especiales; en efecto, es posible que encuentre la vida allí algo aburrida, por cuanto, no habiendo cultivado interés alguno particular durante su vida física, no encontrará nada que le interese en la vida astral. Si durante la vida física no ha tenido otras preocupaciones que la charla insulsa, los deportes, los

negocios y el vestido, es natural que cuando no los tenga, ni pueda tenerlos, no sabrá en qué pasar el tiempo.

No obstante, el hombre que tiene fuertes deseos de baja índole, que en la vida física ha sido borracho, por ejemplo, o un sensual, estará mucho peor. No sólo retendrá sus ansias y deseos (recuérdese que los centros de sensación están situados en Kama y no en el cuerpo físico) sino que los sentirá más fuertes que antes, porque la plena fuerza de los mismos se expresa en la materia astral, y no se emplea parte de ella para poner en movimiento las pesadas partículas físicas. Un hombre así se encontrará en la condición más depravada del plano astral; estará, al parecer, lo bastante cerca del físico para percibir ciertos olores, aunque la vibración producida sólo sirva para excitar más sus locos deseos y llevarlo al borde del frenesí. Pero, como no posee el cuerpo físico, por medio del cual podría satisfacer sus ansias, no tiene posibilidad de apagar su terrible sed. De ahí las innumerables tradiciones de los fuegos del Purgatorio, citadas por todas las religiones. Tales tradiciones exponen adecuadamente las condiciones torturantes descritas. Tales condiciones se pueden prolongar durante mucho tiempo, pues se desvanecen muy gradualmente por desgaste.

La explicación y justicia automática del proceso es clara. El hombre ha creado por sí mismo tales condiciones; con sus acciones ha determinado el grado de poder y de duración de las mismas. Además, es el único medio por el cual puede deshacerse de sus vicios. Porque, si re encarnara inmediatamente, iniciaría la nueva vida precisamente tal como terminó la última, o sea, esclavo de sus pasiones y apetitos, y tendría muchísimas menos posibilidades de dominarse. En cambio, las nuevas condiciones dan lugar a que sus ansias y deseos se debiliten hasta desvanecerse, lo cual le da oportunidad de comenzar la nueva encarnación sin tal carga; su Ego, después de tan severa lección, es probable que haga toda clase de esfuerzos para impedir que sus vehículos inferiores cometan el mismo error.

Un borracho consuetudinario es capaz, a veces, de envolverse en un velo de materia etérea y materializarse parcialmente.

En tales condiciones, puede percibir el olor del alcohol, pero no lo huele en el mismo sentido que nosotros. Por eso se empeña en forzar a otros que se emborrachen, a fin de poder introducirse parcialmente en sus cuerpos físicos y obsesarlos y, por este medio, experimentar, una vez más, directamente el gusto y otras sensaciones que desea. La obsesión puede ser permanente o temporaria. Como ya se ha dicho, un sensual muerto puede apoderarse de un vehículo a su alcance y satisfacer sus bajos deseos. En otros casos, uno puede obsesar a otro como premeditado acto de venganza; se conoce un caso en que un hombre obseso a la hija de su enemigo.

La obsesión se puede resistir mejor e impedir, mediante el ejercicio de la fuerza de voluntad. Cuando ocurre, es, casi siempre, porque la víctima ha cedido voluntariamente a la influencia invasora; de consiguiente, el primer paso es evitar el acto de sumisión. La mente se ha de oponer con firme y decidida resistencia a la obsesión, en la convicción que la voluntad humana es más fuerte que toda influencia maligna. La obsesión, como es natural, es contraria al orden natural de las cosas y perjudicial en alto grado para ambas partes.

El efecto de fumar en exceso sobre el cuerpo astral después de la muerte es digno de notar. El veneno llena a dicho cuerpo a tal punto que se endurece y no puede actuar adecuadamente ni moverse con facilidad. Por un tiempo, el hombre está como paralizado; puede hablar, pero está privado de todo movimiento y es casi insensible a influencias superiores. Una vez que se debilita la parte envenenada del cuerpo astral, sale de tan desagradable condición.

El cuerpo astral renueva sus partículas de la misma manera que el físico; pero no hay nada equivalente a comer y digerir el alimento: Las partículas que se desprenden son reemplazadas por otras de la atmósfera circundante. No existen allí las ansias puramente físicas de hambre y de sed; pero el deseo del glotón, de satisfacer el paladar, y el deseo del borracho, de sentir la sensación producida por el alcohol, por ser ambos astrales, persisten todavía. Como ya hemos dicho, pueden ser causa de gran sufrimiento, dado que no poseen el cuerpo físico por cuyo medio únicamente pueden satisfacer tales deseos.

Existen muchos mitos y tradiciones como ejemplos de las condiciones descritas. Uno de ellos es el de Tántalo, quien sufría de rabiosa sed; sin embargo, fue condenado a ver retroceder el agua en el instante que la iba a alcanzar con sus labios. Otro, que tipifica la ambición, es el de Sísifo, condenado a hacer rodar una pesada roca montaña arriba, sólo para verla deslizarse montaña abajo, al llegar casi a la cumbre. La roca representa los planes ambiciosos que el hombre persiste en formar para encontrarse que carece de cuerpo físico para llevarlos a la práctica. Con el tiempo, su egoísta ambición se desgasta, se da cuenta de que no tiene necesidad de empujar la roca y la deja en paz al pie de la montaña.

Otro mito es el de Titio, uno que estaba atado a una roca, con el hígado roído por los cuervos; el hígado crecía a medida que los cuerpos lo comían. Este simboliza al hombre torturado por el remordimiento de pecados cometidos en la tierra.

La peor vida que el hombre ordinario del mundo se prepara para después de la muerte es una existencia inútil e indeciblemente aburrida, vacía de todo interés racional, a consecuencia de una vida disipada en satisfacciones egoístas, trivialidad y murmuración en la tierra. Las cosas que ansía ya no las puede conseguir; porque en el plano astral no se hacen negocios; aunque puede tener toda la compañía que quiera, la sociedad es para él algo muy diferente, porque en el astral no existen los convencionalismos en que la sociedad está fundada en la tierra.

De manera que el hombre se construye su propio purgatorio y su propio cielo; estos no son lugares, sino estados de conciencia. El infierno no existe, es únicamente una ficción de la imaginación teológica. Ni el purgatorio ni el cielo pueden ser eternos, por cuanto una causa finita no puede producir un resultado infinito. No obstante, las condiciones después de la muerte, para el hombre de peor índole, quizás se describan mejor con la palabra "infierno", aunque no sempiterno. Así, a veces ocurre que el asesino es seguido por su víctima, sin que jamás pueda escapar de tal persecución. La víctima (salvo que sea de tipo muy bajo) está envuelta en inconsciencia; esta misma inconsciencia hace más horrible la persecución mecánica.

El viviseccionista tiene también su "infierno", en el que vive rodeado de sus víctimas mutiladas, quejándose, tiritando, aullando. Tales formas están vivificadas, no por las almas de los animales, sino por la vida elemental que palpita de odio hacia el atormentador, repitiendo con automática regularidad los peores experimentos, consciente de todo el horror de los mismos; no obstante es compelido a sufrir tal tortura, por el hábito adquirido durante la vida terrena.

Tales condiciones no se producen arbitrariamente, sino que son consecuencia inevitable de causas creadas por la persona misma. Las lecciones de la Naturaleza son rígidas, pero, a la larga, resultan misericordiosas, porque ayudan a la evolución del Alma, puesto que son estrictamente correctoras y saludables.

Para mucha gente el estado después de la muerte es mucho más feliz que la vida sobre la tierra. La primera sensación, de que es consciente el que muere, es, usualmente, de maravillosa y deliciosa libertad; nada tiene que deba preocuparle, no hay deberes que cumplir, salvo los que él mismo quiera imponerse.

Si se considera la cuestión desde este punto de vista, tienen razón quienes afirman que los "vivos", físicamente encerrados y comprimidos en cuerpos físicos, están, en el verdadero sentido, menos "vivos" que aquéllos a quienes llamamos muertos.

Estos son mucho más libres, porque están menos entorpecidos por condiciones materiales, pueden trabajar con más eficacia y abarcar un campo de actividad mucho más amplio.

El hombre, que no haya permitido la redistribución de su cuerpo astral por el Elemental de Deseo, está libre en todo ese mundo; no lo encuentra demasiado poblado como para ocasionarle molestias, pues es mucho más amplio que la superficie de la tierra, y la población es menor, pues la vida humana media en el plano astral es más corta que en la tierra.

Además de los que han muerto, se encuentran en el plano astral alrededor de una tercera parte de los que viven y han dejado temporariamente el cuerpo físico durante el sueño. Aunque el plano astral está abierto para todos sus habitantes, que no hayan consentido en la redistribución de sus cuerpos astrales, la gran mayoría permanecen cerca de la superficie de la tierra.

Pasando al hombre de tipo más elevado, consideraremos ahora a alguno que tenga cierto interés en cosas de naturaleza racional, como música, literatura, ciencia, etc. No existe en el plano la necesidad de dedicar gran parte del día a "ganarse la vida"; el hombre es libre de hacer lo que quiera, mientras pueda realizarlo sin ayuda de materia física. En el mundo astral, no sólo es posible escuchar a la mejor música, sino oírla mucho mejor, porque allí se oyen armonías que no se pueden oír con los oídos físicos. El artista tiene a su disposición todas las bellezas del mundo astral. El hombre puede ir con gran rapidez de un lado a otro y contemplar las maravillas de la naturaleza, con muchísima más facilidad que en el plano físico. Si es un historiador u hombre de ciencia, las bibliotecas y los laboratorios del mundo están a su disposición; su comprensión de los procesos naturales será mucho más completa que antes, porque podrá ver la acción interna, lo mismo que la externa, y verá las causas que antes sólo podía deducir de los efectos. En todos estos casos, la satisfacción es mucho más profunda, por cuanto no hay fatiga posible.

El filántropo puede continuar sus obras de beneficencia con más vigor que antes, y en mejores condiciones que en el mundo físico. Hay en el mundo astral miles a quienes puede ayudar y con mayor certeza de beneficiarlos realmente.

Es perfectamente posible para cualquiera, en el plano astral después de muerto, emprender un estudio y adquirir ideas completamente nuevas para él. Se conoce un caso de uno que aprendió música allí, aunque éste es un caso fuera de lo regular.

En general, la vida en el mundo astral es más activa que la del plano físico, pues la materia astral está más altamente vitalizada que la física, y las formas son más plásticas. Las posibilidades de gozo y de progreso en el mundo astral son, en todo sentido mucho mayores que en el plano físico. Pero tales posibilidades son de orden superior, por lo cual demandan mayor inteligencia para poder aprovecharlas. El hombre que en su vida terrena ha dedicado su pensamiento y energía a cosas materiales únicamente, tiene poca probabilidad de adaptarse a condiciones más ventajosas, pues su mente, medio atrofiada, no tendrá fuerza suficiente para captar las más amplias posibilidades de una vida más elevada. En cambio, el hombre cuya vida e interés en la tierra hayan sido dedicados a cosas elevadas, será capaz de progresar, en pocos años de existencia astral, mucho más que una muy prolongada vida física.

Como los placeres astrales son mucho más intensos que los del mundo físico, se corre el peligro de desviarse del sendero de progreso. Pero las delicias de la vida astral no ofrecen serio peligro a quienes hayan siquiera percibido algo superior. Después de la

muerte, el hombre debiera procurar pasar lo más rápidamente posible, y no ceder a los refinados placeres del mundo astral más que a los del físico.

El hombre evolucionado que es, en todo sentido, tan activo durante su vida astral, después de muerto, como lo fue durante su vida, física, puede, sin duda alguna, impulsar o entorpecer su propio adelanto lo mismo como el de otros, tanto como antes: de manera que está continuamente generando karma de la mayor importancia. En efecto, la conciencia del hombre, que mora permanentemente en el plano astral, es, por lo común, mucho más precisa que cuando pasaba en el plano astral sus horas de sueño; de manera que es capaz de pensar y de actuar con determinación, por lo cual sus oportunidades de crear karma bueno o malo son mucho mayores.

Se puede decir, en sentido general, que el hombre puede crear karma siempre que su conciencia esté desarrollada, o siempre que pueda actuar o escoger. Así las acciones realizadas en el plano astral pueden producir frutos kármicos en la próxima vida terrena. En el subplano astral más bajo, el hombre tiene otras cosas que atraen su atención, por lo que poco se ocupa de lo que ocurre en el mundo físico, salvo cuando recorre lugares de vicio.

En el subplano siguiente, el sexto, se encuentran hombres que, aunque despiertos, centran sus deseos y pensamientos en cuestiones meramente mundanas. En consecuencia, rondan alrededor de personas y lugares con los cuales estuvieron más estrechamente vinculados durante su vida terrena, y llegan a ser conscientes de muchas cosas en relación con aquéllos. Sin embargo, nunca ven la materia física, sino la contraparte astral de ella.

Así, por ejemplo, un teatro lleno de gente tiene su contraparte astral, visible para las entidades astrales. No obstante, no ven como los vemos nosotros; ni los trajes, ni la expresión de los actores; como las emociones de éstos son simuladas y no reales, no hacen impresión en el plano astral. Los habitantes del sexto subplano, que está en la superficie de la tierra, se encuentran rodeados por las contrapartes astrales de las montañas, árboles, lagos, etc., existentes físicamente.

En los dos subplanos siguientes, el quinto y el cuarto, es también posible la conciencia de las cosas físicas, pero en grado rápidamente decreciente. En los dos subplanos siguientes, el tercero y el segundo, el contacto con el plano físico sólo puede conseguirse mediante un esfuerzo especial para comunicarse a través de un médium. Desde el plano más elevado, el primero, la comunicación con un médium sería muy difícil.

Quienes residen en los subplanos más elevados, usualmente, se proporcionan las escenas que deseen. Algunos de ellos se rodean de paisajes de su propia creación; otros aceptan los que otros han creado. (En el Capítulo XVI se dará la descripción de los diferentes subplanos).

En algunos casos, el hombre construye las escenas más fantásticas, descritas en las Escrituras religiosas; crea torpes modelos de árboles cuajados de joyas, mares de vidrio mezclado con fuego, criaturas llenas de ojos por dentro y deidades con cientos de cabezas y brazos.

En lo que los espiritistas llaman "Tierra de Verano", la gente de la misma raza y de la misma religión procura estar junta, después de la muerte, lo mismo que en la vida terrena; de manera que hay una especie de cadena de tales lugares sobre los países a que pertenecen las personas que los han creado; forman comunidades distintas unas de otras, como ocurre en la tierra. Esto se debe, no sólo a la afinidad natural, sino también a que en el plano astral existen igualmente las barreras del idioma.

Este principio se aplica al plano astral en general. En las sesiones espiritistas de Ceilán se observó que las entidades comunicantes eran budistas que, más allá de la tumba,

habían encontrado confirmados sus preconcepciones religiosas, exactamente como ocurre a los miembros de las diversas sectas cristianas en Europa. Los hombres encuentran en el plano astral, no sólo sus propias formas mentales, sino también las de otros; éstas son, a veces, el producto de generaciones de pensamientos de miles de personas, todas del mismo sentido.

No es infrecuente el caso de padres que tratan de inculcar en los hijos sus ideas sobre algún asunto que les interesa particularmente; por ejemplo, una alianza matrimonial. Tal influencia es insidiosa, pues hay la posibilidad de que quien la recibe la tome como deseo sub-consciente propio.

En muchos casos, los muertos se constituyen en ángeles guardianes de los vivos; las madres con frecuencia protegen a sus hijos; los maridos a sus viudas, etc., durante muchos años.

En otros casos, un escritor o un compositor de música inculcará sus ideas o composiciones en un ser viviente en el mundo físico, de manera que obras atribuidas a éste son realmente del muerto. La persona que recibe el escrito o la composición puede ser consciente de la influencia, o completamente inconsciente de ella. Uno de los novelistas más conocidos ha declarado que sus obras le vienen no sabe de dónde; que no son realmente escritas por él, sino por intermedio de él; reconoce esto.

Probablemente hay otros muchos que son inconscientes de ello.

Un médico, después de morir, con frecuencia continúa interesándose por sus pacientes, tratando de curarlos desde el otro lado, o sugiriendo a su sucesor métodos de tratamiento que, gracias a sus nuevas facultades astrales, ve que serían eficaces.

La mayoría de las personas, clasificadas como "buenas" y que mueren de muerte natural, no es probable que sean conscientes de algo físico, al pasar por los subplanos inferiores, antes de despertar la conciencia astral; sin embargo, hay la posibilidad de que sean atraídas al mundo físico, por una gran preocupación sobre alguien que han dejado.

El dolor y las lamentaciones de parientes y amigos pueden también atraer la atención de uno que haya pasado al plano astral, lo que tiende a ponerlo nuevamente en contacto con la vida de la tierra. Esta tendencia hacia abajo se hace más pronunciada con la repetición, hasta que la persona trata, por propia voluntad, de mantenerse en contacto con el mundo físico.

Por un tiempo, aumentará el poder de ver cosas terrenas; pero luego disminuirá, lo que probablemente le hará sufrir mentalmente, al darse cuenta de que pierde tal poder. En muchos casos, los que quedan en este mundo no sólo causan mucho sufrimiento innecesario, sino que además perjudican gravemente a aquellos cuya pérdida lamentan con su dolor irreflexivo.

Durante todo el período que pasa en el plano astral, sea corto o largo, la persona está al alcance de las influencias terrenas. En los casos que se acaban de mencionar de parientes y amigos que lloran amargamente la muerte de seres queridos, se establecen vibraciones, en el cuerpo astral de los difuntos, que llegan y despiertan a la mente o manas inferior. Así despertado de su estado soñoliento, el difunto, quizá, trate de comunicarse con sus amigos en la tierra, posiblemente valiéndose de un médium. Tal despertamiento va acompañado, comúnmente, de agudo sufrimiento; en todo caso, se retrasa, el proceso natural del desprendimiento del Ego.

Las enseñanzas ocultistas en manera alguna aconsejan olvidar a los muertos; sino que afirman que el recuerdo afectuoso de los muertos es una fuerza que, bien y adecuadamente dirigida, puede ayudar los en su ascenso al mundo celestial (plano mental) y acelerar su pasaje por el estado intermedio, lo cual les será muy útil. En cambio, las lamentaciones, no sólo no le ayudan sino que lo perjudican. Es con verdadera razón que la religión indostánica prescribe la ceremonia Shradha y la Iglesia

Católica sus plegarias por los muertos. Estas oraciones, con las ceremonias que las acompañan, crean elementales que luchan contra el cuerpo astral de la entidad kamalóquica y apresuran la desintegración del mismo, acelerando su paso hacia el mundo celestial.

Por ejemplo, cuando se ofrece una misa con la intención de ayudar a una persona muerta, ésta se beneficia indudablemente; gracias a la afluencia de fuerza, el fuerte pensamiento con que se lo rodea, inevitablemente llama su atención; al ser atraído a la Iglesia, toma parte en la ceremonia y disfruta en gran medida del resultado. Aun cuando la persona muerta permanezca inconsciente, la voluntad y la oración del sacerdote le hace llegar una corriente de fuerza que la beneficia en grado sumo.

Las plegarias generales y los buenos deseos expresados en beneficio de los muertos, en general, aunque vagos y, de consiguiente, menos eficaces que los pensamientos más precisos, producen en conjunto gran bien cuya importancia no se puede negar. Europa no sabe cuánto debe a las órdenes religiosas que se dedican noche y día a incesante oración por los fieles difuntos.